

amadas con ternura, cuya memoria permanece indeleble por santos y dulces recuerdos que no se apartan de nuestra memoria.

La Virgen María y el pueblo yucateco.

Diciembre 8 de 1880.

Demas del voto, se obligó la ciudad á la observancia del día de esta festividad, haciendo todos los años singulares demostraciones de festejos con fuegos y luminarias la noche de la víspera.—Cogolludo. *Historia de Yucatán*. Lib. IX.

No es una novedad el regocijo popular á que se entrega nuestra querida ciudad de Mérida en este día, el de más grata remembranza entre todas las fiestas del año. El júbilo de la gente, el engalanarse los templos, el empavesarse las calles, el iluminarse nuestras casas por la noche, el asistir con fervor al santo templo, el acercarnos en tropel á la sagrada mesa del altar para mostrar la terneza de nuestro cariño á la Virgen sin mancha, no es costumbre adquirida en estos últimos años, sino bendecida por la fe de los antepasados y consagrada por el respeto y veneración de tres siglos. Yucatan ha creído con firmeza en el dogma de la Inmaculada Concepción de María mucho ántes de que la Iglesia infalible hubiese declarado obligatoria la creencia de este misterio que el pueblo católico conserva al presente como la presea más rica de su tesoro, como la prenda más dulce de su amor á la Santísima Virgen. Yucatan, siguiendo la inspiración generosa de los

pueblos de raza española, consagró desde los primeros años de su existencia el culto más tierno á la Madre de Dios, y quiso señalarse en los fastos de la humanidad como defensor inquebrantable de la pureza de su Concepción. El 8 de Diciembre de 1618, apénas setenta y seis años despues de la fundación de la ciudad de Mérida, á honor y reverencia de Nuestra Señora de la Encarnación el pueblo yucateco hizo profesión pública de su fe en el dogma de la Inmaculada Concepción de María, protestando guardarlo y enseñarlo en público y en privado, en el humilde hogar, en las cátedras de las escuelas y en el púlpito de nuestros templos. D. Fray Gonzalo de Salazar, obispo á la sazón de nuestra diócesis, el cabildo eclesiástico, el gobernador Francisco Ramírez y Briseño, el ayuntamiento de la ciudad, el Clero secular y regular, y el pueblo con todas sus clases sociales, juraron en el recinto de la Iglesia Catedral que en adelante, así como ántes, habían de tener, creer y enseñar que la Madre de Dios fué concebida sin pecado original. ¡Cuadro admirable, espectáculo digno de ser contemplado por el cielo y por la tierra, fué el que presentaron nuestros ascendientes en aquel día memorable, cuyo recuerdo debe permanecer indeleblemente gravado en nuestra alma, para fortalecer nuestra fe! Un venerable y santo obispo, uno de los personajes más llenos de virtudes que se cuentan en la larga lista de hombres virtuosos que han ocupado la sede episcopal de Yucatan; la autoridad pública dando magnífico ejemplo de religiosidad; la representación municipal mostrándose unida en sentimientos con los ciudadanos cuyos intereses administraba leal y cumplidamente; y un pueblo

propiedad ajena, cuántos comerciantes han ejercido el fraude en grande escala, cuántos agricultores se han enriquecido á costa de mil iniquidades! ¿por esto se ha de suprimir la medicina, la jurisprudencia, el comercio, la agricultura? Paréceme que esta conclusión haría reír hasta al hombre más ignorante y que no hubiese tenido la felicidad de saludar ni la definición de la lógica. Lo bueno no deja de ser bueno por que alguna vez los hombres lo conviertan en instrumento de maldad; y la confesión es buena, óptima, altamente moralizadora y benéfica, como que es institución del Divino Maestro cuyos legados todos son maravillas de bondad y desabiduría: no tengo que persuadir de esta verdad: demasiado convencidos estáis de ella. Si los impíos mismos reconocen sus saludables efectos, ¿cómo vosotros los habrías de desconocer? Oid á Voltaire, el coribante del libre-pensamiento, oíd cómo se expresa: «La confesión es una cosa muy excelente, un freno del crimen, muy buena en fin para reducir á que perdonen los corazones ulcerados por el encono.» Escuchad á Rousseau, al misántropo Rousseau: «¡Oh cuantas restituciones, cuantas reparaciones ha obligado á hacer la confesión á los católicos!»

Pensad cuán de otro modo andaría el mundo, si todos los cristianos cumpliesen siquiera anualmente con el precepto de la Iglesia. Chateaubriand dice que si un hombre se llegara dignamente al sacramento de la eucaristía una vez al mes, sería necesariamente el hombre más virtuoso de la tierra. Por mi parte, yo afirmo que si todos los hombres se confesasen siquiera una vez al año, copiosos serían los frutos para el bien general. ¡Qué paz y alegría en el hogar, qué felicidad doméstica, qué fraternidad

entre los ciudadanos, qué abnegación y sacrificio en el cumplimiento del deber, qué tesoro de virtudes, en una palabra qué orden y justicia reinaría en la sociedad! Se entiende que hablo de la confesión dignamente recibida; no de la falsa y mentida que no purifica el alma.

Veo ya la gente que acude á las iglesias; observo á las familias poniéndose en movimiento para obedecer á la iglesia, veo á muchos caballeros que por las noches acuden al tribunal de la penitencia á buscar el perdón de Dios. Nada más racional y justo: creo que siempre el jefe de la familia debe dar el ejemplo de todos los actos buenos; de lo contrario, la educación de los hijos está manca, imperfecta y no penetra al corazón. Los hijos son perspicaces y comprenden á la primera ojeada la situación moral de la familia. Todos reciben el santo sacramento: el padre ó la madre cuidan con religiosa exactitud que no se olviden los deberes para con Dios; pero ellos los olvidan: ¿por qué será? qué motivo tendrán? Toda la familia acude al santo tribunal: sólo el padre ó la madre se evaden de este suavísimo deber: he aquí un secreto inexplicable, un misterio que no se acierta á descifrar. Los hijos, sin embargo encuentran siempre la clave: el resultado es fatal: la lección dada con la boca se destruye con los hechos: la semilla de los buenos consejos es sufocada por la mala simiente del ejemplo, y por esto siempre he creído que el jefe de la familia debe empuñar la bandera en la senda del bien. Cada hogar es como un pequeño ejército que combate por la verdad y la virtud: si el jefe es noble, generoso y valiente en la conquista de estas preciosas preseas, todos le siguen

con entusiasmo en el presente y en el porvenir; si es débil, si es cobarde, todos flaquean y cada cual deserta por los vericuetos y senderos del mal. En una familia bien constituida, la bandera de la virtud nunca cae: ni con la muerte queda abandonada entre el fango del camino. Muere el padre; pero la esposa, educada con esos principios que forman á la mujer fuerte del Evangelio, la recoge y la tremola con el mismo ánimo, para guiar á sus hijos y á sus sirvientes, para quienes tiene tambien entrañas de madre: el alma del padre continúa viviendo en el hogar, con sus pensamientos, con sus ideas, con sus tradiciones, con su fe, con su piedad. Y si esa familia es verdaderamente cristiana, todavía aun despues que los viejos y venerables troncos han pasado, el hermano más respetable, si no por la edad, por el saber y la virtud, recoge el pabellon y sigue dirigiendo á sus hermanos con ternura y con amor y bajo las inspiraciones de las ideas y sentimientos del padre comun. Así se forman esas familias en que la honradez es una herencia y el amor fraternal una halaja de abolengo.

De esas familias deseo ardientemente que esté poblado Yucatan, y cuando veo que se conservan las buenas costumbres de antaño me alegro y regocijo en el fondo del alma. Desco que se conserven para bien de nuestra sociedad y aplaudo á los que las observan con exactitud.

Sobre todo las que son propias de este santo tiempo jamás deben echarse en olvido: la ausencia absoluta del teatro y de las diversiones bulliciosas, el ayuno, la asistencia á la via-sacra, á los sermones y á las pláticas, son obligación que las familias cristianas

se imponen, y se honran en cumplirlas con esmero. Nunca los padres se arrepentirán de su fidelidad en este punto; mas ya entro en una materia que prolongaría demasiado nuestra conversacion y le daría cierto tono de gravedad que no me sentiría bien, á mí que no tengo las condiciones para hacer el papel de mentor. ¿No os parece así queridos amigos míos?

La Semana Santa.

CHARLA CON MIS LECTORES.

Abril 2 de 1881.

Muy queridos lectores míos: la Semana Santa acaba de pasar, y creo que no sin provecho para vosotros que conserváis ardiente la llama de la fe en vuestros pechos generosos, para vosotros cuyos recuerdos más dulces están unidos á las venerables prácticas del culto católico. Sí; no lo dudo un instante: al calor del amor y de la esperanza habréis renovado vuestro corazón y vuestra alma con la firmeza de vuestros propósitos en adherirse á las inmortales creencias, á los elevados é inefables misterios que son la paz y alivio del espíritu humano, y también habréis sentido renacer sentimientos de consuelo, por el esplendor con que se ha honrado á Jesucristo en esta católica ciudad. Al presenciar aquellas muestras de piedad, aquel movimiento del pueblo á impulsos del sentimiento religioso, el respeto y reverencia de aquella multitud prosternada humildemente ante los altares, habréis sentido resonar en lo más íntimo de vuestro ser los ecos de esas palabras mil veces repetidas y que todavía se repetirán hasta la consumación de los siglos: «¿Cuánto se

noble por sus sentimientos cristianos, levantando todos de consuno las manos y las voces, como si una sola alma los animara, como si un solo corazón les hiciera sentir las mismas sensaciones, para aclamar con entusiasmo la Inmaculada Concepción de María como lema de felicidad; he allí un episodio de verdad y de poesía, de majestad y de grandeza, en la vida de un pueblo modesto que se forma á la sombra del santuario con las puras doctrinas que regeneraron al mundo y plantearon y desarrollaron la civilización.

Por nuestra parte, confesamos que no podemos dejar de sentir dulce emoción y religioso respeto, al leer hechos tan conmovedores que hablan al alma con lenguaje tan elocuente porque traen á su memoria la fe celestial que es su consuelo, la patria objeto de su afecto, los antepasados que son su gloria, y á la Virgen María en quien cifra sus alegrías más puras, sus gozos más inefables, su amor más ardiente, su felicidad sin término.

Al entregarnos, pues, con franqueza á las expansiones de contento, no solamente nos damos satisfacción á nosotros mismos, sino que cumplimos con un voto: colmamos un deseo expresado por nuestros padres de que subsistiese en la ciudad de Mérida la costumbre de celebrar con brillo y esplendor la festividad del día de hoy. ¿Porqué no habíamos de guardar fidelidad á la manifestación de esa voluntad excelente en su objeto, preciosa por su origen, y que ha llegado hasta nosotros al través de los siglos? Podemos confiar con seguridad que nunca serán vanas ni estériles nuestras demostraciones de cariño á la Virgen María: su devoción ejerce saludable

influjo en las costumbres y regenera á las sociedades, purificando á las familias y á los individuos, esparciendo por doquiera el perfume más exquisito de las virtudes más preclaras. Con razón la mujer cristiana se distingue más especialmente en rendir culto á la Virgen María: envidiamos la ternura de su afecto, su diligencia en mostrarlo, su constancia en abrazarse á él como su amparo más eficaz: quisiéramos tener el sensible, puro y cariñoso corazón de la mujer católica, cuando se trata de amar á la Virgen; sin embargo, comprendemos que no sea posible aventajarla en su cariño, porque aunque toda la humanidad ha recibido beneficios sin cuento de la mano de la Santísima Virgen, la mujer, sobretudo, ha visto por mediación de su poder, caer deshechas las cadenas de ignominia que la envilecieron en los tiempos antiguos. El culto de María ha realzado la influencia de la mujer, haciéndola presidir á todos los actos más nobles, más generosos de la vida. En los pueblos cristianos parece que en tratándose de beneficios, de abnegación por lo bueno, por lo bello y por lo grande, se vuelve la vista hacia la mujer, porque en su alma se cultivan las ideas que hacen germinar tales sentimientos: las obras de celo, las obras de caridad, las obras de religión, en nadie encuentran mayor apoyo y protección que en la mujer cristiana fortificada por la devoción de María. ¿Y qué hay que admirar en eso? Es la consecuencia más natural y lógica: los hechos del hombre se inspiran de lo que domina su corazón, y el corazón apasionado del culto de la Virgen Madre, debe sentirse arrebatado de una pasión invencible por todo lo que es bueno. Los devotos de

María sienten nacer como una fuente de dulzura, de fraternidad y de amor, que les hace interesarse por todo aquello que redunde en beneficio de la humanidad, ó que sea para gloria de Dios.

El culto de María ha realizado el ideal de la poesía y de la belleza: ha devuelto el honor y el prestigio á ideas rechazadas por el mundo antiguo, y que son ahora el timbre más glorioso de las edades cristianas. La pureza, la inocencia, la sencillez, eran virtudes desconocidas en el mundo pagano, que nada encontraba bello sino en el desenfreno de la imaginación y de los sentidos: después de la regeneración del mundo por la civilización cristiana, la pureza, la modestia y la dulzura son las flores preciosas que adornan á la doncella católica: la fortaleza, la abnegación y la caridad presiden en la casa gobernada por la madre de familia que aprendió sus lecciones en la religión católica, que templó su alma con el propósito y el esfuerzo cotidiano de imitar á la Virgen María. La vida de María es, desde entónces, el espejo en que la mujer ve sus acciones, para apreciar si están arregladas á la inflexible norma de la moral eterna.

Las buenas costumbres se conservan intactas, si se persevera con sinceridad en honrar á la Virgen María: decaen y se corrompen, cuando la indiferencia se extiende con todas sus desastrosas consecuencias. La reputación de morigerado que el pueblo yucateco se ha adquirido se debe, en gran parte, al culto que ha atributado, desde los tiempos de la conquista, á la Santísima Virgen, con especial empeño y con notoria dedicación. Ya hemos visto que desde el primer momento de su existencia, la primera

ciudad yucateca se dedicó en honor de María. El culto reverente que se ha rendido de una manera universal en toda la Península, á la Santísima Virgen de Izamal ha pasado los límites de nuestro país, y atravesando los mares ha llegado á Europa: en España misma se ha tenido especial devoción á la Santísima Virgen en su advocación de Nuestra Señora de Izamal.

La ciudad misma en donde existe aquel santuario fué fundada con el nombre de Santa María; y en donde ántes se verificaban los sacrificios á los ídolos, se empezaron á rendir homenajes á la madre de la amabilidad y de la pureza. El venerable padre Landa, cuyo nombre es tan glorioso en todo Yucatán, tuvo la feliz inspiración de levantar ese santuario que en su pensamiento debía subsistir para siempre: no se engañó, porque con los días que pasan, se arraiga más el amor á ese santuario: ni el transcurso del tiempo, ni el embate de las ideas impías, ha podido disminuir la fe de los yucatecos en Nuestra Señora de Izamal. A imitación del padre Landa, otros hombres de piedad sembraron el suelo de la Península de templos dedicados á la Virgen María: es célebre, entre otras, la imágen que se venera en el pueblo de Calotmul, de la cual habla el Doctor Aguilar con tanta veneración; la de Bécal, visitada por un gran concurso de gente el 8 de Setiembre; la que existe en el pueblo de Tetis, lugar insignificante, á donde, sin embargo, asisten todos los años muchas personas distinguidas que van en romería á venerar á la Santísima Virgen; la que se venera en Maní con tan particular devoción por los indios de ese histórico pueblo; y otras muchas que sería largo

enumerar y que son testimonio vivo de la inclinación entusiasta y decidida que siempre ha sentido y siente el pueblo de Yucatán hácia el culto de María.

La Cuaresma.

CHARLA CON MIS LECTORES.

Marzo 12 de 1881.

Muy dulce es comunicar á las personas que uno quiere los pensamientos que bullen en el alma, transmitir las impresiones que siente el corazón, las ideas que cruzan por el espíritu ligeras y vaporosas como las nubes por el cielo azul de una tarde de estío, dar expansión á los afectos y esparcir el ánimo contando todos los deseos, ilusiones, proyectos y propósitos que se forjan cada día en la inteligencia del hombre. ¿Quién no ha sentido el gusto y suavidad que se encierra en una conversación bien sostenida, amena é interesante, que hace brillar ante la imaginación fascinada todos los cambiantes y bellezas de un caleidoscopio? ¿Quién no ha pasado una hora siquiera en ese comercio intelectual que se establece entre almas que sienten en su ser el destello divino de su Criador Omnipotente y que no pueden prescindir de conocerse, de ponerse en relación, de hablarse y referirse mutuamente la multitud de hechos que pasan ante sus ojos? A mi humilde juicio, lectores míos, nadie es insensible á las dulzuras de la conversación, mezcla de fruslerías y de mil cosas graves y serias que se hacen pasar por el crisol del criterio humano: placer tanto más grave cuanto una

voluntad firme servida por una clara inteligencia y por brillante imaginación sabe darle con discreción el sesgo conveniente, para que sin perder sus atractivos y la chispeante jovialidad, no degeneren en murmuraciones ni se salga un ápice de las reglas de la conveniencia y del decoro. En esto nadie puede aventajar á las mujeres inteligentes y discretas cuyo criterio ha sido educado por el cristianismo, porque no sin razón ha dicho Guizot que la Iglesia católica es la primera escuela del respeto; y no sé qué otro autor, que ella es la educadora de la humanidad.

Sí; no hay duda, la humanidad es la hija predilecta del catolicismo, cuyos dogmas todos tan justamente se acomodan con su naturaleza y aspiración. Sus fiestas y solemnidades no ménos se conforman con el corazón humano: parece que ha hecho estudio especial de sus inclinaciones, gustos y necesidades para sembrar el curso del año de todas esas festividades que tan grande eco encuentran en el alma.

Estamos ya en la cuaresma, época de dicha para la sociedad y para el individuo, porque sirve para restablecer el equilibrio moral trastornado por el pecado; época en que se prueba la misericordia divina, en que las lágrimas, agua bendita del corazón, brotan de los ojos para alcanzar el perdón; tiempo de gracia en que Dios Omnipotente acoge á sus hijos en su seno de piedad, olvidando sus defectos y sus crímenes una vez que han resuelto emprender la senda de la virtud.

Después del fugitivo frenesí del carnaval, que la Iglesia lamenta, como madre prudente y amorosa llama á sus hijos al rededor suyo y les inspira el

recogimiento, haciendo dirigir su atención hacia la reflexión de las verdades que tanto interesan al porvenir del alma: marca sus frentes con la simbólica cruz de ceniza, recuerdo del término deleznable de la materia corruptible y del porvenir sublime del alma inmortal: esa misma cruz que dará sombra al sepulcro, fin de las grandezas terrenales y puerta de los destinos insondables. ¡Qué profunda filosofía resalta en esa lección de humildad en que los pueblos encorvan la cerviz bajo el pensamiento grave de la muerte, pero de donde brota la luminosa esperanza de la resurrección y de la vida eterna! Nosotros felizmente no somos de la raza de esos maestros de la desesperación que claman diciendo que son bastante viriles para prescindir de toda esperanza: nosotros, no; no podemos vivir sin esperanza, y nuestra confianza ingenua y decidida en las palabras del Omnipotente no sufrirá decepción; antes se verá colmada con esplendor á la faz de las naciones.

Para algunos la Cuaresma es señal de tristeza, y no entran en el fondo del pensamiento de la Iglesia ni comprenden su espíritu. No sabré decir si esa tristeza será el aburrimiento que engendra la saciedad de los placeres ó el desconsuelo que produce el convencimiento de su vanidad: el hecho es que con las últimas armonías que vibran en el aire, se destila en el corazón letal melancolía que con elocuente acento habla al alma en el silencio, y le persuade que el hombre tiene otro destino superior al de los placeres y satisfacciones de los sentidos. En esos momentos, la Iglesia acude solícita y tierna en socorro de sus hijos, y les ofrece el remedio de sus amarguras en la meditación de la verdad que trae el arre-

pentimiento y arrebatada al alma á alturas cuya atmósfera engendra la plácida serenidad, la paz y alegría de la conciencia, la bonanza en que cesa el gusano mortal que corroe y destroza las entrañas.

De allí esa frecuencia de piadosos ejercicios, sermones, retiros, pláticas y exhortaciones á la confesión, á la comunión, á la mortificación. La Iglesia quiere que nos confesemos; es decir, quiere que seamos felices: cualquiera de vosotros que haya probado ese dulce sacramento de la confesión podrá decir si no digo la verdad. ¡Cómo descansa el alma deleitosamente despues de arrojar de sí la onerosa carga de sus pecados que le angustian; cómo se desarrollan ante su vista los lisonjeros horizontes del bien; cómo siente renacer sus buenas propensiones, á la manera de los nuevos tallos del árbol bajo la influencia vivificante del sol despues de la lluvia; cómo rebosan las impulsos de fortaleza para hollar con generosidad las malas pasiones y sus vergonzosas seducciones! El que habla contra este sacramento, estoy seguro que ó nunca ha hecho una buena confesión, con verdadero arrepentimiento y propósito de enmendarse, ó habla con insigne mala fe ó por espíritu de secta, ó por último es de una naturaleza diferente de la humana.

Se ha hablado mucho de los abusos que se han cometido á la sombra de la confesión: de ellos la mayor parte son inventados por la calumnia y la sofistería; pero no obstante ¿de qué obra buena, de qué institución no se ha abusado? ¿por eso será necesario suprimirlas todas? ¡Cuántos médicos han abusado de la medicina en beneficio de sus pasiones, cuántos abogados han empleado sus artimañas contra la